

Regálame una de esas sonrisas tuyas

Dijo el embajador estadounidense, John Nigro: *“Las maravillas de la vida se nos escapan por la cómoda trampa de la rutina”*.

Llevo poco tiempo en la unidad de Cuidados Paliativos, pero el suficiente para observar por qué es éste un sitio especial.

Nunca antes unos ojos me habían hablado tanto, una sonrisa había sido tan significativa, o un contacto de manos me había transmitido tanta gratitud. Hablo de un paciente que tuve, que debido a su enfermedad, no podía hablar. Era alguien que luchó contra la muerte hasta el último día.

Recuerdo el primer día que lo conocí. Su expresión en la cara era de ilusión, su sonrisa era casi imborrable y las líneas de su rostro transmitían paz. Su mujer, su mayor preocupación. Su deseo, vencer la enfermedad, recuperarse.

Aún recuerdo el cambio en su rostro a lo largo de los casi dos meses que me permitió acompañarlo antes de su muerte. En el hospital, varias veces, me encontraba con aquellos ojos grandes, de pestañas largas y gruesas y cejas marcadas mirando al suelo, mientras él permanecía quieto en su silla. Había pasado a tener que pagar por ver una sonrisa suya y su cara nunca más me transmitió paz.

Él último día que lo visité, me escribió en una hoja. Estábamos solos él y yo.

- ¿puede haber mejoría?
- ¿tienes miedo a no mejorar? – le respondí en la hoja.
- Sí.
- Si tuvieras que estar más tiempo en el Hospital, ¿qué te gustaría?- le pregunté.
- Que me visitase toda mi familia.

Recogí su petición. Antes de marcharme, recuerdo haberme acercado a él y haberle pedido “regálame una de esas sonrisas tuyas”. Y me la regaló.

Ese mismo jueves por la tarde fueron a visitarlo sus nietos e hijas. Más tarde pude leer en los apuntes de enfermería que esa noche el paciente estaba muy contento con las visitas recibidas. Pero faltaba una, la de su nieta. El sábado por la tarde, su nieta se armó de valor y lo visitó. Y entonces, el paciente sintió estar en paz y esa misma noche murió.

El lunes cuando supe de lo ocurrido, me emocioné. No esperaba que fuera a ser tan rápido. Más tarde, a lo largo de la tarde, cuando metí la mano en el bolsillo de mi bata blanca, saqué un papel. Era el papel en el que nos habíamos comunicado él y yo, por última vez. Lo leí detenidamente. Cerré los ojos y recordé el momento...y esa sonrisa que le pedí y me regaló.

Enfermería- Hospital San Juan de Dios Pamplona

